

Espectáculos

Austeridad y sugestión en "Yo, la peor de todas"

"Yo, la peor de todas", producción nacional (1990) en colores y hablada en español, presentada por Theatrical en los cines Monumental, Libertador, Grand Splendid y Belgrano. Basada sobre "Las trampas de la fe", de Octavio Paz. Guión: María Luisa Bemberg y Antonio Larreta. Intérpretes: Assumpta Serna, Dominique Sanda, Héctor Alterio, Lautaro Murúa, Graciela Araujo, Alberto Segado, Gerardo Romano, Franklin Caicedo, Hugo Soto. Fotografía: Félix Monti. Diseño del film: Voytek. Ambientación: Esmeralda Almonacid. Vestuario: Graciela Galán. Música: Luis María Serra. Compaginación: Juan Carlos Macías. Producción: Lita Stantle para GEA Cinematográfica. Dirección: María Luisa Bemberg. Duración: 105 minutos. Calificación: sólo apta para mayores de 13 años.

"Quiero sólo estudiar para ignorar menos. En qué te ofendo cuando sólo intento poner bellezas en mi entendimiento y no mi entendimiento en las bellezas", se pregunta Sor Juana Inés de la Cruz al responder a los reproches del obispo de Puebla. Esa vehemente necesidad de saber, que desde pequeña estalló en ella "como pólvora", había guiado desde siempre los pasos de la prodigiosa monjita mexicana que a los tres años aprendió a escribir, a los ocho compuso su primer poema y a los quince dejó boquiabiertos a sus cuarenta doctos examinadores del Palacio de los Virreyes con sus respuestas sabias sobre temas de física, de historia, de matemática, de teología. "A la ma-

nera que un galeón real se defendería de las pocas chalupas que le embistieran, así se desembarazaba Juana Inés de las preguntas, argumentos y réplicas de tantos...", confesaría el admirado virrey.

En homenaje a sus talentos se habían abierto para ella las puertas de la corte, donde se celebraban su gracia, su belleza y su portentosa inspiración poética. Pero ese camino de halagos mundanos y éxitos literarios no saciaba sus ansias de saber. "Perseguida por hermosa y desgraciada por discreta", poco tiempo después ingresó en el convento de las Jerónimas. Era la única "profesión" que le estaba permitida a una mujer, según apunta Octavio Paz en el ensayo sobre el cual María Luisa Bemberg desarrolló su film. En el silencio y en la concentración del claustro, y con el indispensable respaldo del virrey que reconocía sus dotes y la protegía de las intolerancias arzobispaes, Sor Juana pudo dar rienda suelta a su temperamento lírico y apasionado. Llegó a tener un salón literario en el locutorio y una biblioteca que se decía la mayor de Hispanoamérica, mientras los obstáculos, las envidias y las resistencias crecían a su alrededor.

Una feminista del siglo XVII

Y es ese personaje rebelde, cuestionador, transgresor, que padeció la cruz de su talento y se afirmó, en los hechos y en las palabras, como una

feminista del siglo XVII, el que trata Bemberg en este film extraño, cautivante en su propuesta visual, austero hasta la frialdad. En busca de una correspondencia entre el estilo y el tema tratado, los elementos de la imagen, lo mismo que el material dramático, aparecen sintetizados, descarnados al máximo. La teatralidad de la puesta en escena responde a la concepción visual del artista polaco Voytek (reminiscencias de De Chirico y pequeño homenaje al Fellini de "Y la nave va" incluidos), que ha sido el responsable del diseño de la película y cuyo aporte tiene peso decisivo en el resultado final.

Esta realidad remodelada, que Félix Monti enriquece de sugerencias con su luz admirable, somete a la emoción. En su afán de evitar lo superfluo y capturar la interioridad de Sor Juana desechando cualquier rastro de naturalismo, el film rehúye el compromiso emotivo. La pasión de Sor Juana se explica más de lo que se siente; se asiste a ella a la distancia y su grandeza apenas se adivina entre imágenes elaboradas y textos que regalan el oído, pero no siempre consiguen evitar lo discursivo. El difícil equilibrio entre el formalismo y el humanismo —ese en el que fue maestro el danés Carl Dreyer— es muy esquivo y aquí asoma apenas en breves tramos.

La búsqueda emprendida por María Luisa Bemberg es digna de aplauso, aunque aquí haya sacrifi-



Assumpta Serna (Foto Theatrical)

cado en parte esa intensa y contenida emoción que suele caracterizar sus films. El refinamiento de su depurado lenguaje, la precisión del montaje, el cuidadoso detallismo de la producción —casi un sello distintivo de sus realizaciones— extraen rico provecho del diseño de Voytek y contribuyen a la rara sugestión de las imágenes. En ellas reside el mayor interés del film, al que Assumpta Serna aporta su gracia natural más que su temperamento dramático y en el que Héctor Alterio, Lautaro Murúa, Alberto Segado y Graciela Araujo exhiben su reconocida autoridad profesional.

Fernando López

(c) LA NACION